

cion del corazon humano ; esta es una inclinacion de la misma naturaleza. Diez y ocho siglos antes de esta época , el Cristianismo que venia tras de la filosofia , habia introducido en la sociedad todas las virtudes , y no se vió jamas prodigio igual , ni que pasmase mas al mundo ; porque el paso del mal al bien , aquel esfuerzo con que los pueblos se elevan desde el seno de la disolucion y anarquía universal á la perfeccion del órden , es visiblemente superior á la naturaleza. Asi los paganos al pronto , nada pudieron comprender de la moral cristiana. Contemplaban sorprendidos y casi escandalizados , este desinteres sublime , union perfecta , caridad compasiva , severidad dulce de costumbres , que tan extraordinaria y notablemente contrastaban sus propios vicios. La virtud era para ellos como un misterio horroroso. Una inquietud interior les alejaba de los discipulos de Jesucristo , de aquella sociedad tierna , de cuya infancia nos da la Escritura en pocas palabras una idea tan maravillosa : « La multitud de los creyentes no tenia mas que un corazon y una alma : ninguno de ellos llamaba suyo lo que tenia , sino que todo era comun

« entre ellos ». » Pasmado y aturdido el mundo con semejante espectáculo , se sobresaltó ; y en su inquietud la razon , destituida de fe , no podia alcanzar á tan sublime elevacion ; los hombres pues no conociendo mas móvil de las acciones humanas que el interes , se vieron forzados á imputar á los cristianos delitos ocultos para poder explicar sus virtudes públicas. Para refutar estas acusaciones indignas , é indicar á los paganos la fuente y origen de las virtudes que calumniaban , fué en parte para lo que Tertuliano publicó su admirable Apología.

« ¡ O Jueces que presidis en los tribunales , los que visitais las cárceles cada dia para juzgar los reos !... alegamos por testigos los mismos proc sos , el mismo decreto de la condenacion donde se refieren los títulos de los crímenes de los condenados , en que se dice : muera este por matador , aquel por ladron corta bolsas , este por sacrílego ú violador de doncellas....

« Multitudinis autem credentium erat cor unum , et anima una : nec quisquam eorum , quæ possidebat , aliquid , suum esse dicebat , sed erant illis omnia communia. Act. IV, 32. »

« mirese pues estos registros y procesos, y véase, si se hallará allí sentencia contra algún cristiano acusado, ú condenado por alguno de estos delitos. ¿Decid si cuando os presentaron algún cristiano preso os lo entregaron con apellidos de adúltero, ó de ladrón, ó si en el examen le habiais hallado delito de los que cometen los delincuentes gentiles, sino solamente el nombre de su profesion que entré vosotros es crimen? De los vuestros las cárceles hierven: vuestros son los que suspiran en las minas: de los vuestros se engordan las bestias: los que hacen trato ú tienen por su grandeza valientes esgrimidores para las fiestas, de las fieras alimentan rebaños de malhechores gentiles. Allí no se halla cristiano alguno, sino porque lo es; que si entró por otro crimen, no entró cristiano, que lo deja de ser bueno cuando comete delitos:

« Pero diréis: ¿es posible que entre tantas sectas, solamente en la de los cristianos se halla

¹ TERTULL. *Apolog. adv. Gent.*, cap. XLIV, traduccion del Illmo. Manero.

« la enseñanza verdadera y la inocencia de la vida? ¿Qué maravilla, si esta ilacion es necesaria? La necesidad de esta consecuencia nace de la calidad del legislador y de la observancia de sus profesores. Enseñónos Dios esta ley, y como revelada de tan perfecto maestro, perfectamente la deprendimos y perfectamente la guardamos con toda fidelidad, como mandatos que de ninguna manera pueden ser menospreciados por la atencion cuidadosa y penetrante con que nos atiende el Autor de ella. A vosotros os enseñó la ley de la inocencia, el crédito humano, y os obliga á guardarle el terreno señorío; y por esto, ni la enseñanza puede ser llena, ni la transgresion cumplidamente temida. Tanta prudencia tiene un hombre para establecer una ley buena, como tiene autoridad para obligar á que se guarde, y así tan fácilmente la ley se engaña, como la autoridad se desprecia.

« Sino véase cual ley es mas llena de perfeccion, mas cumplida de inocencia: ¿La que dice no mates, ó la que manda no te enojos? ¿Cuál dispone con mas perfeccion, la que pro-

« hibe el adulterio , ó la que refrena tambien una
 « concupiscencia solitaria de los ojos , la que
 « prohíbe las malas obras , ó la que detiene tam-
 « bien las malas palabras ?.... ¿ La que manda
 « no hacer injurias , ó la que no permite vengan-
 « zas ? Aunque tambien queria acordaros , que
 « estas leyes en que parece se enseña esta parte
 « de inocencia no nacieron de vuestra prudencia ;
 « que de la ley divina se copiaron , que fué el
 « ejemplar primero....

« Pero ¿ cuánta autoridad tienen las leyes hu-
 « manas ? Pues las mas veces aun en los delitos
 « manifiestos y probados se escapan los malhe-
 « chores por la intercesion , ó por la fuga ; y al-
 « guna vez se abalanzan al delito , atraidos del
 « deleite , ó del forzoso empeño en consideracion
 « de la brevedad del castigo , pues no pasa de la
 « muerte.... Pero nosotros que vivimos siempre
 « á la vista de aquella divina centinela que des-
 « balija los mas ocultos secretos del pecho , y que
 « antevemos la pena eterna con que castiga , no
 « tenemos otro refugio , sino acudir á la inocen-
 « cia de la vida ; porque ni podemos inventar
 « fuga de la vista de una ciencia tan llena , que

« alcanza el mas oculto y alejado retiro de los
 « pensamientos , ni podemos despreciar el cas-
 « tigo en consideracion que es leve , ó no du-
 « rable ; porque la intension de la pena es suma :
 « la duracion sempiterna ; y así tememos no al
 « juez que juzga á los que temen á Dios , sino á
 « aquel á quien debiera temer el procónsul . »

Si la filosofia conoce otros motivos mas pode-
 rosos , indíquelos. Sino retírese y deje á la Re-
 ligion reinar pacíficamente en la sociedad , en
 que sola ella establece y mantiene el orden. Diga
 el orgullo lo que quiera , es muy flaca la mano
 del hombre para sostener el cetro del mundo
 moral. Nunca ni por la voz de la razon , ni bajo
 el imperio de las leyes humanas , se vieron nacer
 virtudes semejantes á las que Tertuliano va á
 pintarnos en el siguiente cuadro.

« No administramos ningun bien con excep-
 « cion de personas ; que es hacer por nosotros
 « obrar de manera , que no se pretenda ni pre-
 « mio ni alabanza de los hombres , sino que se

¹ *Apolog. adv. Gentes.* , cap. XLV , traduccion del Illmo. Ma-
 nero.

« espere de Dios tan solamente, que es el cobrador y remunerador de la bondad indiferente....
 « La mala voluntad, las malas obras, las malas palabras, los malos pensamientos, igualmente nos los prohíbe que la ley, respecto de cualquier estado de personas.... »

« Los que deben amar los enemigos ¿á quién pueden aborrecer? Los que no se pueden desagraviar (que sería igualarse con la venganza la injuria) ¿A quién pueden ofender?

« De esta benignidad tan desusada en la naturaleza, á vosotros que como jueces ejecutais nuestras vejaciones, os alego por testigos. ¿Cuántas veces sois con nosotros crueles, parte por recreo de vuestra inclinacion feroz, parte con pretexto del cumplimiento de las leyes? ¿Cuántas veces el vulgo alborotado, sin orden vuestra nos ha invadido por su motivo con piedras y con fuego? ¿Cuántas en las fiestas ó furias bacanales nos acometió el vulgo con tanta ferocidad, que no perdonando ni á los cristianos muertos, impiamente los ultrajan,

¹ *Apolog. adv. Gentes. cap. xxxvi. trad. del Illmo. Manero.*

« y estando ya cadáveres arraigados en la tierra, deshechos con la putrefaccion, los arrancan, los despedazan, los arrastran sacándolos del descanso de la sepultura, del asilo de la muerte? Con tan inhumanos tratamientos, decid, ¿si se descompuso jamas en algun cristiano la paciencia? Decid, ¿si conspiró á la venganza alguno? ¿Decid si condenásteis á nadie, de estos animados á morir, por venganzas intentadas del agravio? Y no se piense que el no desagraviarnos es por falta de armas ó valor; que si nos faltaran fuerzas, no faltaran unas rajuelas de tea para tomar larga venganza en una noche, abrasando la ciudad, cuando fuera lícito al cristiano pagar un agravio con otro. Pero vaya lejos de nosotros tal error que la Religion divina se vengue con fuego humano, y que el cristiano resista al tormento que lo prueba....

« Si los cristianos son hombres de hielo para las honras y dignidades, no necesitan de ir al senado, ni á otra junta á pretender tumultuosamente cargos, apadrinados con la violencia de los votos.... no pueden turbar la fiesta de

« los espectáculos; porque igualmente renunciamos estas fiestas, como su origen supersticioso, y las acciones con que se celebran. ¿Qué puede esperar nuestro deseo en las cuádrigas del circo? ¿Qué tienen que oír nuestros oídos en las torpezas del teatro? ¿Qué tienen que ver nuestros ojos en la atrocidad con que las fieras despedazan hombres en la arena? ¿Qué tiene que deprender nuestra atención en la vanidad de las acciones del Xisto? * ¿En qué os ofendemos por presumir hay otros deleites más gustosos que vuestros juegos?...

« Nuestra congregación es un cuerpo de miembros unidos con el conocimiento de un Dios, con la unión de una doctrina, y con la confederación de una esperanza. Juntámonos todos en una compañía y congregación, y allí, como con mano armada, juntos en escuadrón cerrado, le ponemos á Dios cerco con nuestras oraciones. Es grata á Dios esta fuerza. Rogamos también á Dios por los emperadores; por

* Xisto ú estadio, según la observación del Illmo Manero. (N. D. T.)

• *Apolog. adv. Gentes.*, cap. xxxviii.

« sus ministros, por las potestades, por el estado del siglo, por la paz de todos, y por la retardación del juicio final. En esta junta tenemos conferencia de la sagrada Escritura y se dan avisos y advertencias según el accidente del tiempo, y los negocios, y con consejo se determina. Allí con las voces de la santa Escritura apacentamos la fe, levantamos la esperanza, arraigamos la confianza....

« En esta congregación presiden presbíteros ancianos, que alcanzaron esta honra, no por precio, sino por el testimonio de sus méritos, que aquí el honor no se compra, sino con costumbres. Y si en el arca se pone algún dinero, no es tributo del honor, ni precio con que la dignidad cristiana se compre ó se redima, sino voluntarios donativos de los congregantes, que cada uno da una monedilla cada mes, ó cuando quiere, ó cuando puede, ó de la manera que quiere, que la donación es graciosa. Esta suma es el depósito de la piedad que de allí se saca, no para gastos de banquetes, ni para bebidas desordenadas, ni para voluntarias glotonerías, sino para sustentar y enterrar

« pobres : para alimentar niños y niñas huérfa-
 « nos de padres y de hacienda ; para viejos que
 « no pueden salir de casa : para los que pade-
 « cieron naufragio : para los presos de las cárce-
 « les : para los desterrados á las islas , y para los
 « condenados á las minas por causa de religion
 « tan solamente. Todos estos son ahijados que
 « cria la Religion porque su confesion los sus-
 « tenta.

« Pero tambien esta demostracion de grande
 « amor la notan con murmuracion algunos. *Mi-
 « rad*, dicen , *como se aman entre si*: admiranse,
 « porque ellos recíprocamente se aborrecen. *Mi-
 « rad como cada uno está aparejado á morir gus-
 « tosamente por el otro*: extrañando, porque ellos
 « mas dispuestos están para matarse. Tambien
 « nos calumnian por el nombre de hermanos con
 « que nos tratamos, y no por otra razon, segun
 « creo, sino porque entre ellos todos los nom-
 « bres de parentesco no son demostraciones de
 « amor, sino voces de cumplimientos afectados.
 « Hermanos vuestros somos tambien nosotros
 « por derecho de la naturaleza ; que esta es la
 « comun madre de los hombres, aunque vosotros

« no parecis hermanos de hombres , siendo
 « hombres sin humanidad. ¿ Cuánto mas digna-
 « mente se llaman y son hermanos aquellos que
 « conocieron á un mismo Dios por padre: que
 « bebieron un mismo espíritu de santidad : que
 « esperan una misma herencia ; que nacieron de
 « un mismo vientre de la ignorancia ciega :
 « que al nacer , con el repentino reflejo, to-
 « paron pavorosamente con la luz de la ver-
 « dad? Por eso por ventura nos tienen por her-
 « manos menos legítimos, porque de nuestra
 « hermandad no se han compuesto tragedias, ó
 « porque la hacienda que entre vosotros deshace
 « la hermandad, entre nosotros la establece y
 « corrobora: y es asi que los que tenemos las
 « almas, y los corazones unidos, no rehusamos
 « unir y comunicar los bienes.

« Entre nosotros, todos los bienes son comu-
 « nes, sino las mugeres. En esto solo rompemos
 « la compañía, en que solamente la guardan los
 « gentiles, los cuales no solamente usurpan las
 « mugeres ajenas, sino que pacientísimamente
 « brindan con las propias á sus amigos, por el
 « ejemplo, creo de sus sapientísimos antepasa-

« dos Sócrates griego y Catón romano. Estos comunicaron á sus amigos las mugeres con quienes se casaron con deseo de tener hijos en el matrimonio, para que ellos los engendraran en adulterio. Yo no sé, si en esto venian ellas de mala gana. ¿Qué estimacion hacian de la castidad maridos que así baldonaron de ella? ¡O ejemplo de la sabiduría de Atenas! ¡O gravedad de la severidad romana! El filósofo y el censor, instrumentos y terceros en la prostitucion de sus mugeres: »

Tertuliano pintando así las virtudes cristianas tan sublimes, tan humildes, tan puras y tiernas, apela á cada instante al testimonio de los mismos paganos. Les provoca intrépidamente y desafía á que le desmientan, si ha dicho cosa alguna, que no conste y esté públicamente averiguada*. En nuestros mismos dias la filosofia no atrevién-

* *Apolog. adv. Gent.*, cap. XXXIX.

* La idea que tenían los paganos, formada de la pureza de las costumbres cristianas, contrasta de un modo notabilísimo con la depravacion de las suyas, como se ve en las actas del martirio de Santa Afra, que fué quemada viva en el año 504, durante la persecucion de Diocleciano en Ausburgo de Retia. El juez llamado Gaio, sabiendo que Afra habia vivido hasta entonces desordena-

dose á poner en duda una verdad de hecho, que atestigua toda la historia, ha procurado servirse

damente, la dijo: « Sacrifica á los Dioses; vale mas vivir, que morir en los tormentos.

« AFRA. — He sido una gran pecadora antes de conocer á Dios, pero no aumentaré los delitos que he tenido la desgracia de cometer, haciendo lo que exigis de mí.

« GAIO. — Vé al templo y sacrifica.

« AFRA. — Jesucristo es mi Dios: siempre le tengo á mi vista. Sin cesar le estoy confesando mis pecados, y porque soy indigna de ofrecerle un sacrificio*, deseo sacrificarme á mí misma por la gloria de su nombre, para que este cuerpo que tantas veces he manchando se purifique en los tormentos.

« GAIO. — Yo sé que eres una prostituta... Vaya, sacrifica, porque de ningun modo, puedes aspirar á la amistad del Dios de los cristianos.

« AFRA. — Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que habia bajado del Cielo para salvar los pecadores. El Evangelio refiere, que permitió á una muger mundana como yo, que le regase los pies con sus lágrimas, y que la perdonó sus pecados. Lejos de desechar á los pecadores, hablaban familiarmente con ellos y comia á su mesa.

« GAIO. — Sacrifica, para tener muchos amantes, que te harán rica.

« AFRA. — Yo renuncio para siempre á semejante ganancia. Yo he tirado todo lo que tenia y habia adquirido por ese medio. Nuestros hermanos pobres no han querido aceptarlo, por mas

* Los pecadores mientras duraba la penitencia canonica, no podian asistir á la celebracion de los santos misterios. Oraban á la puerta de la Iglesia por la parte de afuera, durante la misa.

de ella para explicar naturalmente la propagacion rápida del Evangelio. Por no confesar que el establecimiento del Cristianismo ha sido obra de Dios, se ha visto obligada á reconocer y confesar que enseña, produce y practica virtudes divinas'.

Por espacio de treinta siglos, testigo el hombre de las miserias inseparables de la condicion humana, ni aun habia pensado en socorrer á sus hermanos afligidos. No se encuentra en la anti-güedad ni aun sombra de una institucion á favor

« que les dije que se lo daba para que rogasen por mí á Dios ».

« GAIO. — Jesucristo no te admitirá, ni mirará como cosa suya. Es inútil que le mires como tu Dios; una prostituta, jamás pudo llamarse cristiana. »

« AFRA. — Lo confieso, no merezco tal nombre; pero Jesucristo me ha hecho la gracia de admitirme en el número de los que creen en él, etc. »

Vies des Saints, trad. de l'anglais par Godescard. tom. VII, pág. 121, 122, edic. de Versailles.

« Véase *Gibbon's history of the Decline and Fall of the roman Empire.* »

« La Iglesia segun el rigor de la antigua disciplina no queria recibir, ni aun para alivio y consuelo de los pobres, las ofrendas de los pecadores públicos, ó el dinero adquirido por caminos ilícitos. Véanse *CONSTITUC., APOST. lib. IV, V, VI.* »

de los infelices: ni la filosofía ni el paganismo enjugaron nunca una sola lágrima. Aunque la compasion sea un sentimiento natural, y tal vez por lo mismo que lo es, el raciocinio la aleja y nos separa de ella. Séneca la llama el *vicio de una alma débil. No te lamentos con los que lloran*: es uno de los preceptos de Marco Aurelio, y la doctrina comun de los estóicos. *El sabio, dice Virgilio, no se compadece ni se duele de la indignidad ajena. Neque ille, aut doluit miserans inopem, aut invidit habenti.* ¡Cuánto dista este frio egoismo de la caridad cristiana! ¡Qué! ¿tan sensible es el hombre á los dolores de otro, que sea preciso endurecerle contra ellos, empapando su alma en doctrinas bárbaras? Por el contrario, el milagro mayor del Cristianismo es enternecerle á vista de males que no son suyos, ni le tocan: y esto á lo menos no podrá negarse, porque se viene á los ojos de todos, aun cuando no logre mover todos los corazones. Venid, seguid los pasos de la Religion de amor, contad si es posible los beneficios que derrama á manos llenas sobre los hombres, y las obras de misericordia que inspira y que sola ella puede recompensar. En

una peste que arrasó en el tercer siglo parte del Imperio, los paganos abandonando sus amigos y parientes, no pensaron mas que en ponerse á cubierto del contagio con la fuga. Los cristianos tan cruelmente perseguidos entonces, cuidaron de todos los enfermos así fieles como idólatras, y se vengaron de sus enemigos como se vengán los cristianos, inmólandose por ellos. ¡Cuántos ejemplos de esta especie no presenta la historia de la Iglesia! Los discípulos de Jesucristo fatigaban con sus beneficios á sus mismos detractores. « ¿No es vergonzoso para nosotros, » escribia el emperador Juliano á Arsacio, pontifice de Asia, « que los Galileos mantengan además de sus pobres los nuestros? »

El Cristianismo no degenera con la vejez. Están llenos sus anales de los servicios de toda especie que ha hecho á la humanidad en todas las edades. El mismo espíritu de amor que produjo tantos prodigios en los primeros tiempos, los produce iguales todos los dias entre nosotros, ¿Quién no se enternece al acordarse de aquellos religiosos españoles, que corrian las calles de una

ciudad apestada*, tocando una campanilla, para que advertidos de su venida los vecinos, pudiesen reclamar sus socorros generosos? casi todos murieron mártires de este sacrificio heróico.

Pero dejemos los hechos particulares, con que podríamos llenar innumerables volúmenes: no hablemos de los Borromeos, de los Belzunce, ni de aquel Vicente de Paulo, que en tiempos de calamidad alimentaba provincias enteras, cuya caridad inmensa se extendia mas allá de los mares, hasta las playas de Madagascar y los bosques de la nueva Francia, y que parecia haber tomado á su cargo aliviar por sí solo todas las miserias humanas, hombre prodigioso que ha forzado nuestro siglo á creer en la virtud; no consideremos mas que los establecimientos durables, y los beneficios generales y permanentes de la Religion. ¿Quién sino ella edificó estos asilos solitarios de la inocencia y del arrepentimiento, que los pueblos aprenderán de dia en dia á echar de menos, aquellos retiros apacibles de la desgracia, aquellos soberbios palacios para la

* Málaga.

miseria"? En el primer momento que la filosofía dominó, no supo mas que destruirlos. Nada ha perdonado la razón humana de cuanto había creado la fe en favor de la humanidad. ¿Y con cuánta profusión no había multiplicado el Cristianismo estas instituciones tiernas y tan eminentemente sociales? Igualaba su número, casi infinito, al de nuestras miserias. Aquí la hija de Vicente de Paulo visitaba al anciano enfermo, y al tiempo mismo que le hablaba del cielo confortándole, curaba sus llagas asquerosas; ó transformada por la ternura de su caridad en madre, sin dejar de ser virgen, acaloraba en su regazo al niño expósito. Allí la hermana hospitalaria asistía, consolaba al enfermo, y se olvidaba á sí misma para prodigarle día y noche los servicios mas repugnantes y molestos. Mas allá el religioso de San Bernardo estableciendo su morada en medio de las nieves, acortaba su vida para salvar la del viajero perdido en la montaña. En otras partes hubierais visto al hermano

* Hace alusión el autor á los hospicios, casas de misericordia, etc., destruidos en Francia por la Convencion. (N. D. T.)

de la *buena muerte*, junto al lecho del moribundo, empleado en hacerle dulce el último trance, ó al hermano *sepulturero* enterrando sus despojos mortales. Al lado de aquellos valientes caballeros, de aquellos *soldados rezadores*, que casi solos, protegieron por largo tiempo á Europa contra la barbarie musulmana, se descubria al padre de la Merced, rodeado como un triunfador de cautivos que había, no encadenado, sino redimido, exponiéndose á mil peligros y á fatigas increíbles. Sacerdotes, religiosos de todas órdenes, rompiendo con virtud sobrehumana los vínculos mas caros, se iban con grande gozo, á regar con su sangre regiones lejanas y salvages, sin otra esperanza, sin mas deseo, que arrancar de la ignorancia, del crimen ó la infelicidad, hombres que les eran desconocidos. El laborioso benedictino despues de haber fecundado con su sudor nuestras colinas incultas, nuestros arenales estériles, retirado á su celdilla, desmontaba el campo no menos árido de nuestras antiguas leyes é historia. Ni la educación, ni el púlpito, ni las misiones, ni ninguna obra útil era forastera á un jesuita. Su celo todo lo abrazaba y

para todo alcanzaba. El capuchino humilde recorría incesantemente las campiñas para ayudar á los curas en sus santas funciones, bajaba al fondo de los calabozos , para decir palabras de paz á las víctimas de la justicia humana ; y semejante á la esperanza, cuyo ministro era, acompañando hasta su último suspiro al infeliz que iba á morir, participaba de su agonía, reanimaba su valor abatido, y le fortificaba igualmente contra los terrores del suplicio, y contra los del remordimiento. Sus manos compasivas no se desasían del desventurado que habian recibido al pie del tribunal inflexible del hombre, hasta haberle puesto ante el tribunal del Dios piadoso.

¿ Mas queréis que vuestros ojos contristados por esta escena dolorosa descansen y se detengan en un espectáculo tan dulce como halagüeño ? Contemplad al hermano de las escuelas pias enseñando á los niños los elementos de las letras, la doctrina de las ciencias , y la mas preciosa de las obligaciones, hablándoles de Dios con unción, y preparándoles á la felicidad, haciéndoles virtuosos. Nunca olvidemos esto , la Religion es la educacion única del pueblo. Sin la Religion nada

sabria , nada especialmente de lo que importa mas á la sociedad que sepa, y á él mismo saber. Ignoraria así sus obligaciones como su destino ; vegetaria como un tronco en medio de las academias, universidades y gimnasios en un embrutecimiento feroz, y cien veces peor que el estado salvaje. La Religion le civiliza ; alimenta al pobre con la verdad, del mismo modo que le sustenta con el pan ; le ilustra, ensancha su inteligencia ; y el último de sus parvulos, mas verdaderamente filósofo que alguno de los presumidos sabios que no conocen otra guía que su razon, confundiria con su Catecismo en la mano esa razon altanera, con la sublimidad de sus lecciones. Muy digno era de una filosofia materialista persuadirse que la educacion del pueblo se perfecciona, substituyendo evoluciones á las instrucciones , y poniéndole entre las manos una piedra muda en lugar de aquel libro, solo capaz de darle tan eminentes é importantes lecciones.

No acabaria , si me empeñase en recordar , aunque fuese sumariamente, los servicios hechos á la sociedad por el clero católico. ¿ Qué hermoso pensamiento fué ciertamente el de colocar al lado